

Alejandro Pérez-Olivares, *Madrid cautivo. Ocupación y control de una ciudad (1936-1948)*, Valencia, PUV, 2020, 226 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.42.2022.1401-1404>

Los estudios sobre el primer franquismo han tenido un amplio recorrido historiográfico en las últimas décadas, y entran, por lo tanto, dentro de los debates más actuales que conciernen cuestiones como la represión y el control social efectuados por el aparato franquista; desde el intento de golpe de Estado de 1936 en adelante. El trabajo de Pérez-Olivares se adentra dentro de este objeto de estudio, empero, la novedad de su trabajo reside en el análisis de esta etapa en clave urbana, en este caso centrado en Madrid, y dotándolo, además, de una interpretación holística. Esta va desde la planificación de la toma de la ciudad hasta la implementación de prácticas de control social, de muy diversa índole, tal y como nos demuestra el autor. El marco cronológico de la obra se sitúa en el periodo de duración del estado de guerra (1936-1948), pese a que en esta se hace especial hincapié en los primeros años de la posguerra, sobre todo entre 1939 y 1942. Por otro lado, el marco espacial se sitúa en el barrio de Chamberí, ofreciendo así un análisis micro de la ciudad, pero que según el autor se muestra representativo dada la pluralidad de clases sociales que este albergaba. En esta época, el barrio estuvo habitado por clases obreras en su zona más septentrional (Cuatro Caminos); palacetes pertenecientes a las clases altas en su límite con el Paseo de la Castellana, así como viviendas de clases medias (vecinos de profesiones liberales) entre las calles de Carranza, Sagasta y Génova.

La obra se divide en tres grandes partes: *La ciudad del desafío*, *La ciudad del delito* y *La ciudad del orden*, en las que se desarrolla la planificación, la toma y el control militar de la ciudad; el dispositivo de control social a través de vecinos y porteros, y el funcionamiento del estraperlo; y, por último, el funcionamiento de las autoridades encargadas de velar por el orden público y la imposición de la “cultura de la victoria”. En el primer capítulo, Pérez-Olivares analiza los distintos planes de toma de la ciudad que se van desarrollando a lo largo de la guerra civil por parte del bando sublevado. En ellos, siempre se contempla la militarización de los principales servicios de transporte, abastecimiento y sanidad de la ciudad. El autor pone especial énfasis en el papel desempeñado por el Servicio de Recuperación de Documentos con tal de buscar a aquellos aliados quintacolumnistas que luego deberían colaborar y ejecutar el

control de la ciudad, una vez tomada. Asimismo, el otro gran apoyo de los sublevados sería el Servicio de Información y Policía Militar, que mantuvo un estrecho contacto con el coronel Casado y que planificó la anulación de la resistencia interior de la ciudad, para así garantizar una recepción amigable por parte de la población civil, dando a entender públicamente que se trataba de la liberación de Madrid.

El segundo capítulo estudia la ocupación de la ciudad, que va seguida de la proclamación del Estado de guerra por parte de Espinosa de los Monteros. Con ello, se da vía libre a la actuación de los Servicios Especiales, que marcarán el camino del modelo de orden público de la posguerra, según Pérez-Olivares. Estos actuarán en gran medida en espacios de la industria cultural, como fueron editoriales, librerías, bibliotecas, etc., debido al temor por parte de los “nacionales” al potencial subversivo de la cultura. Asimismo, el autor nos muestra el despliegue militar que se lleva a cabo en Chamberí, en parte debido a su reputación como barrio de gran relevancia para la retaguardia republicana. La militarización del barrio respondió al control de la movilidad, algo que vemos materializado en las restricciones de paso en muchas zonas del barrio y en la redirección del tráfico hacia las avenidas amplias, que estaban sometidas a la mirada de francotiradores y ametralladoras.

En el tercer capítulo, probablemente el de mayor profundidad, vemos el funcionamiento del dispositivo de control social en el barrio, tanto por aquellos agentes (cubiertos y descubiertos) que realizan tareas de vigilancia y contraespionaje como por parte del control piramidal impuesto a la población civil. Este se estructuró con una jerarquía férrea, que iría desde el jefe de casa, pasando por el jefe de barrio, hasta el jefe de distrito. Las personas nombradas contaban con una solvencia reconocida y funcionaron como servicios de información, aportando testimonios sobre comportamientos sospechosos de sus convecinos. Pérez-Olivares también estudia el caso de los porteros, en paralelo a trabajos como el de Oviedo Silva, que tuvieron que pasar por un interrogatorio, contrastado con la declaración jurada de los jefes de casa, para responder a su actuación durante la guerra como para buscar a implicados en el bando “rojo”. Esto daría cuenta de un control social “desde abajo”, como ya han apuntado otros autores como Gómez Bravo y Pallol Trigueros, y contribuiría a la quiebra del modelo de vecindad; siendo la colaboración de los jefes de casa más insistente que la de los porteros (los inquilinos delatores solían ser varones de clases medias y propietarios). Es más, en muchas ocasiones veremos cómo los propios porteros llegan a ser procesados por el régimen.

El autor destaca en gran medida cómo los procesos abiertos contra vecinos en la mayoría de casos se sustentaban en hechos que no llegaban a ser probados y en actitudes cotidianas durante la guerra; aunque paralelamente se abría una investigación por parte de los servicios secretos y de la policía. El resultado de esta “cultura de la denuncia”, tal y como la define el autor, era la aplicación de muchas penas, bajo la justicia castrense, que no sobrepasaban los 12 años de prisión, aunque la mayoría de vecinos obtuvieron la libertad en menos de 2 años debido al colapso del sistema penitenciario.

El cuarto capítulo nos habla del estraperlo y de las fallas del sistema de control para abarcar todos los puntos de la ciudad, sobre todo en cuanto al ámbito de las redes de sociabilidad próximas como eran la familia y el trabajo. A través de estas, se implementa un mercado de contrabando para la supervivencia que fomentó la especulación del pan y otros bienes de primera necesidad. El régimen persiguió estas prácticas de estraperlo con incautaciones, multas e internamientos en batallones de trabajadores, siendo ejecutados por los juzgados de tasas. Pérez-Olivares nos muestra cómo aquellos lugares mejor abastecidos eran los principales centros de tráfico ilegal de estraperlo, contando en muchas ocasiones con la participación de los propios integrantes del Estado. Aquellos grandes estraperlistas que mostraron afinidad al régimen fueron los menos damnificados por la persecución, algo que ya hemos leído en estudios como los de Miguel Ángel del Arco; y en muchas ocasiones contribuyeron a la conformación de dos ciudades paralelas: una de escasez y otra de lujo.

En los dos últimos capítulos del libro, el autor estudia los dispositivos de orden público de la ciudad, que en su gran mayoría acaban en manos de aquellos ciudadanos con méritos, afines al régimen o con un pasado vinculado al bando sublevado. Esto contribuye a una mayor diferenciación entre vencedores y vencidos, y a la construcción de un sistema clientelista que se sustenta en organizaciones cercanas al régimen, encargadas de certificar los méritos o penurias que justificaban el acceso al empleo público. En esta cuestión, el rumor tenía un papel clave, dado que podía afectar incluso a militantes afines, bajo constante supervisión por parte de la DGS y de la Falange. El autor nos habla de la imposición de la “cultura de la victoria”, ya estudiada por Hernández Burgos, que sigue queriendo dividir a la sociedad e imponer un orden social claro, sostenido por las autoridades y por las redes de vecindad (lo que entiende como “cultura de control”). En esta línea, se nos detalla la militarización del núcleo urbano de la ciudad, aunque a partir de septiembre de 1940 vemos cómo los

distritos militarizados dan paso a cuatro sectores más amplios de control, que cuentan con guardias, vigilancias y jefes de día a los que se les otorga el control. En este momento la población aún necesitaba de permisos para salir de la ciudad, y estos solo se otorgan en caso de contar con avalistas afines. En la última parte de su trabajo, el autor nos habla de los límites del control, y del fracaso parcial del dispositivo franquista. Para ello, aborda algunos espacios en los que el radio de acción de la DGS es más limitado y, por lo tanto, existe cierto espacio para la disidencia como vemos con el caso de unas pintadas en favor de Stalin en un cine del Paseo de Extremadura.

Probablemente este último tema sea la cuestión pendiente del trabajo de Pérez-Olivares: la atención a aquellos espacios de disidencia dentro de la ciudad que consiguen escapar al control social; dado que, pese a las intenciones del régimen, queda constancia de que muchos lugares de Madrid pudieron vivir al margen, o en paralelo, a los dispositivos desplegados por las autoridades. Sin embargo, tenemos que reconocer la amplitud de temáticas abordadas por el autor, ya que, aunque no todas ellas son inéditas, la visión que ofrece desde la historia urbana resulta muy esclarecedora. Por ello, podemos intuir que este trabajo acabará estableciéndose como una publicación de referencia en cuanto al estudio del primer franquismo en Madrid.

PABLO DE MORA DE FUENTES

<https://orcid.org/0000-0002-0101-0345>

Universidad Complutense de Madrid

pdemora@ucm.es